
Manantial de cultura

Lucía Xóchitl Herrera Álvarez

Maestra en Ciencias de la Educación. Docente en la Escuela Secundaria Técnica Industrial y Comercial (ESTIC) No. 041 “Tierra y Libertad”.

xochitl_maestra@yahoo.com.mx

Al momento de pensar en un estudiante inolvidable, vinieron a mi mente muchos nombres y recuerdos. De pronto como una chispa que ilumina mi cerebro, me percaté de los 24 ciclos escolares que he trabajado. Desde luego, con agradables y desagradables experiencias, pero al final de cuentas de todas he aprendido. Una de ellas, y de la cual hablaré hoy, es de aquella estudiante que me enseñó que soy un sujeto sociocultural.

Su nombre es Ameyali, de origen prehispánico y de la lengua náhuatl. Ante mis ojos, se manifestaba abiertamente cultural, ahí en sus orígenes, dando cuenta de lo que significa para su persona y su familia el legado histórico de una civilización. Oriunda de la llamada *Costa chica de Texcoco*, hace referencia a la cercanía e influencia que el lago de Texcoco tiene en su legado.

Ameyali, se inscribió al primer grado de secundaria un día de agosto. La recuerdo perfectamente con una blusa de color rosa mexicano con flores bordadas. Sonreía a todos. Después comprendí que era parte de sí misma y había decidido siempre hacerlo. Vivir en una casa de adobe con un padre alcohólico, una madre que trabajaba desde muy temprano en la pollería y un hermano que no le daba tregua en sus travesuras, no serían motivo para dejar de hacerlo.

Ella era independiente y con su abuela había aprendido a reconocer en la tierra los quintoniles, verdolagas, lenguas de vaca y la malva. Además, incluía en su alimentación el nopal, huauzontle, espinaca, quelites y todo lo que el campo le ofrecía. Ella misma los preparaba al vapor o en guisado. Muchas veces nos sentamos en la jardinera y compartió conmigo no sólo su comida, sino todo su ambiente natural y debo aceptar que estableció en gran medida mi sentido de pertenencia y apego a mi comunidad.

Cuando ella tenía dos años, nació su hermano, fue un momento decisivo en la familia, ya que, para entonces, su madre y sus dos hijos ya fueron aceptados en la familia del padre, así que el comentario fue, *el bebé traía torta*, haciendo alusión a que un cambio positivo se dio en la familia. Con sus abuelos maternos, cada domingo fueron recibidos. Siempre les preparaban lo que a su alcance tenían para todos, así que los tlacoyos, memelas, chicharrón o la salsa molcajeteadada era una fiesta para mi alumna, realmente disfrutaba la algarabía de su familia.

Ella, en la casa de los abuelos paternos siempre se sintió distinta. La estancia con sus abuelos paternos era a partir de normas muy claras: se debía trabajar fuerte para obtener las cosas y para ello el estudio tendría que ser lo primero. Así lo entendió y así lo hizo. Sus calificaciones eran de las más altas en la escuela y muy pronto empezó a destacar en su primaria. Su hermano y ella fueron beneficiados con una beca e inscritos a una escuela primaria de monjas con la intención de consolidar la religión católica. Su educación fue muy estricta y exigente en las actividades escolares y conductas. No se le permitía salir a jugar, a menos que los vecinos vinieran a su casa.

Sus padres, trabajaban mucho, sus abuelos también, creció en un contexto de trabajo. Los dichos y refranes en ese tenor eran muy frecuentes: *Primero es la obligación que la devoción, Haz el bien sin mirar a quien, No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, Al que madruga Dios le ayuda, A palabras necias, oídos sordos, No hay mal que por bien no venga*. Y era frecuente escucharla hablar y repetir esos refranes a sus mismos compañeros de clase.

Un pasatiempo de su padre era la lectura, así que desde niña se interesó también, disfrutaba las lecturas de sus libros de texto y en la secundaria, leía libros como *Los renglones torcidos de Dios, La Iliada o La Odisea*, pero también leía las revistas que llegaban a sus manos de consumo popular. Su participación siempre fue de líder, desde guiar las oraciones católicas de un grupo de niños en la primaria, o en secundaria organizando el trabajo de los equipos para la clase de orientación, poner una coreografía en danza o capitanear la clase de educación física.

Desde luego, un susurro interno se hacía presente con sus acciones haciéndose escuchar.

En todo este trayecto, fue consolidando decisiones que le permitirían definir su lugar en la familia. Como toda adolescente deseaba ser ella misma. Ahora la entiendo como la manifestación de esos valores que sólo se pueden aprender en casa y que no sólo son de ella, sino que los aprendió de sus padres, abuelos y demás ancestros. Y yo me vi reflejada en ese espejo.

Ameyali manifestaba respeto por la vida y los seres vivos. Se sentía agradecida con un ser supremo dador de vida y energía positiva, pero con la certeza siempre de la existencia de lo bueno y lo malo, es decir, la creencia de las personas que ven lo que otros no pueden ver, que atienden los males del cuerpo y del espíritu, que sanan con baños de hierbas o realizan operaciones espirituales. Conocimiento científico negado, pero siempre presente en los pueblos originarios.

En su transcurso por la secundaria, supe que ella tomaba decisiones fuertes, como usar un vestido a la rodilla en lugar del tradicional largo y amplio en su primera comunión, motivo de disgusto con sus abuelos. O, por ejemplo, no desear una fiesta de XV años. Y definitivamente irse de la escuela privada a la escuela pública, rehusando su beca. Su respuesta cuando quise saber el motivo de esa decisión, fue que quería ser parte de su pueblo. Es innegable la fortaleza de su pensar-decidir. Tan solo tenía 12 años.

En segundo grado del nivel secundaria la situación económica de la familia cambió y tuvo oportunidad de viajar. Conoció el mar y se impactó con su fuerza y salvaje belleza. Visitó ciudades prehispánicas y zonas arqueológicas que le dejaron huella, sobre todo en la indumentaria indígena de la cual se apropió. Ameyali, se interesó en hablar náhuatl. Una decisión aplaudida e impulsada por sus maestros. No existían cursos del idioma en el contexto comunitario. Los trabajadores de la Casa de Cultura municipal mostraron extrañeza ante tal solicitud. Al ser varios los que nos encontramos interesados en aprender se dió apertura a un curso básico de náhuatl en la propia secundaria. ¡Gran experiencia!

Sus abuelos pensaron que siempre si tendrían a su *doctora*, sus calificaciones y desempeño les daban una esperanza. Ameyali, no quería decepcionarlos. Su idea de ser maestra la seguía defendiendo desde que estaba en primaria y la fortalecía con el paso de los años. Decisión

apoyada por sus padres. Sus amados padres, a quiénes sólo les pedía tiempo para ella y su hermano. Trabajaban para darles estabilidad económica, pero olvidaban que también su hija los necesitaba. Se sentía sola.

Ameyali egresó de la escuela participando en la escolta. No quiso ser abanderada, se sentía orgullosa de su rol de comandante. Su participación siempre fue activa y en mí dejó un sello peculiar. Recuperar mis bases culturales.

Su actitud positiva y alegre ante la vida es una decisión que comparte de manera tácita con los demás. Un par de años después regresó a *su escuela*, a realizar servicio social de la escuela preparatoria en la que se encontraba. Fue recibida con los brazos abiertos.

Ameyali, en mis pensamientos sigue siendo la adolescente inquieta. Siempre peinada de coleta sujeta con un moño que combinaba con el color del uniforme y ese mechón de cabello rizado sobre su frente. Su caminar seguro y su mirada melancólica. Pero siempre con la sonrisa coqueta iluminando su rostro.

Hoy, en Ameyali veo a una joven con las mismas características de personalidad. Sonríe. Toma decisiones fuertes y se responsabiliza de ello. Con el paso de los años ha fortalecido su pensar-actuar con los pueblos originarios. A la vuelta de una llamada o un mensaje continuamente nos saludamos. Y en repetidas ocasiones me he preguntado quién aprendió más de quién en su paso por la secundaria. Ella de mí como parte de sus maestros o yo de ella como miembro de una comunidad que grita pidiendo ser escuchada.

Cierro esta narración que hoy compartí contigo declarando que siempre quise ser maestra. Mi afán es enseñar a los niños a ser independientes. Siempre me emociona que la lectura y escritura sean procesos de apertura del pensamiento. Amé mi profesión desde siempre. Escuché con el corazón el susurro interior de Ameyali y lo alenté a no dejarse callar. Grande es mi alegría al escuchar sus palabras. ¡Quiero ser maestra de inglés en secundaria!

Ameyali, como el significado de su nombre: manantial, empieza a fluir de manera natural. Ahora, ese susurro es una voz fuerte. Su idea se concretó en una meta. La decisión tomada alberga la posibilidad de continuar viajando y conociendo otras culturas. Su convicción es enseñar su cultura.